

Construir La Comuna

Construir A Comuna

Building The Commune

*George Ciccariello-Maher**

Resumen

Se ha debatido mucho el carácter de la participación popular en el proceso bolivariano en Venezuela. Pero así como la mayoría de la literatura existente suele minimizar la importancia de la participación de movimientos sociales en el proceso desde abajo, igualmente la participación –sea en consejos comunales o las comunas de hoy–, con frecuencia, se reduce a una expansión del poder del Estado venezolano. En este trabajo sostengo que las comunas representan –tanto teórica como prácticamente– un horizonte anti-Estado que se está desplegando hoy por el país. Entendido así, las comunas enfrentan una serie de desafíos y contradicciones que pueden parecer insuperables, pero que en el contexto de la crisis actual se pueden convertir en ventajas estratégicas.

Palabras clave: Venezuela, Hugo Chávez, comuna, movimientos sociales, socialismo.

Resumo

Em meio às complexidades da época pós Chávez na Venezuela, é fácil perder de vista a longa continuidade das lutas de base. Entretanto, os últimos anos têm presenciado não só uma simples oposição entre o poder de cima e o de baixo, mas sim uma interação complexa e dialética entre ambos. O momento contemporâneo não é nenhuma exceção: no contexto crescente de crise econômica e agressão direitista, os revolucionários venezuelanos estão construindo aos poucos uma extensa rede de comunas –pedras angulares para um socialismo territorializado– que, ainda aliada na atualidade com o Estado, ultimamente aponta para muito além. Este trabalho traça algumas das tensões e contradições do projeto comunal.

Palavras chave: Venezuela, Hugo Chávez, comuna, movimentos sociais, socialismo.

Abstract

Popular participation in Venezuela's Bolivarian process has been much debated. But just as the majority of existing literature tends to minimize the importance of the participation of social movements from below in the process, similarly this participation –whether in the communal councils or the communes of today– is frequently reduced to an expansion of the power of the Venezuelan state. In this essay, I argue that the communes represent –in theory as in practice– an anti-state horizon that is today spreading across the country. Understood in this way, the communes confront

* Profesor Asociado de Política y Estudios Globales, Universidad de Drexel, Filadelfia. Autor de *We Created Chávez: A People's History of the Venezuelan Revolution*, *Decolonizing Dialectics*, *Building the Commune: Venezuela's Radical Democracy*. E-mail: <gjc43@drexel.edu>.

a series of challenges and contradictions that might seem insurmountable, but which in the context of the current crisis might represent strategic advantages as well.

Keywords: Venezuela, Hugo Chávez, commune, social movements, socialism.

Mucho se ha debatido el carácter de la participación popular en el proceso bolivariano en Venezuela, pero hasta el momento tal debate se ha enfocado casi exclusivamente en los consejos comunales (para un resumen de estos debates, véase Goldfrank, 2011). De la literatura existente, si bien algunos analistas reconocen la “tensión” inherente en la participación popular frente al Estado venezolano (Lander, 2007), la gran mayoría no puede sino entender la participación popular en Venezuela como una extensión del Estado *a priori* (véase Hawkins y Hansen, 2006, para uno de los primeros ejemplos de este género miope).

En los últimos años, este debate ha adquirido otro carácter, sin escapar a contradicciones. Con el lanzamiento del proyecto comunal en 2009 –formalizado en la Ley de Comunas en 2010–, el gobierno venezolano buscaba unificar y consolidar el poder disperso de los consejos comunales en estructuras más grandes conocidas como comunas. Simultáneamente, el entonces presidente Hugo Chávez hablaba del establecimiento de lo que él llamaba un “Estado Comunal”, alternativa democrática, radicalmente contraria al Estado representativo burgués. La reorientación académica de los consejos comunales hacia las comunas está todavía en curso, pero con el mismo punto ciego. Debido en parte a las palabras de Chávez (“Estado Comunal”) y su posición institucional (dentro del Estado), muchos analistas no pueden entender las comunas sino como proyecto y extensión del Estado.

Sea como amenaza insidiosa a las garantías liberales del Estado representativo (González, 2013), como expansión totalitaria del proyecto chavista (Silva Michelena, 2014) o como nueva estructura de inclusión excluyente (García Guadilla, s/f), para muchos parece difícil interpretar al proyecto comunal en los mismos términos que lo entiende una buena parte de sus participantes e incluso algunos representantes del Estado: como estructura alternativa fuera del Estado que busca reestructurar y recomponer otra forma de poder participativa en contra del Estado liberal-representativo.

A continuación me abocaré a refutar esta visión miope del Estado Comunal, insistiendo en que si el proyecto del llamado Estado Comunal indudablemente coloca la cuestión del Estado en primer plano, lo hace no como refuerzo al Estado como tal sino más bien como un desafío directo al Estado tradicional. A través de varios casos de comunas por todo el país, y centralmente la historia de la Comuna El Maizal en el estado Lara, quiero aclarar que las y los comuneros que están hoy construyendo esta alternativa democrática y autogobernada enfrentan cada día más a las viejas estructuras del Estado, ya que en sus acciones y perspectivas apuntan más allá de ellas.

Enfrentar al Estado y proponer a las comunas como horizonte de un nuevo no-Estado no implica que no haya grandes desafíos –en realidad los retos del proyecto comunal son de gran magnitud. De hecho, los desafíos más importantes tienen origen en esta relación contestataria frente al Estado, lo que hace aún más necesario un diagnóstico correcto. En la actualidad, las comunas –sobre todo las más desarrolladas y ambiciosas– enfrentan no sólo a la oposición anti-chavista sino también a una fuerte oposición dentro de sectores poderosos del partido del gobierno. Pero en el contexto de una crisis tanto económica como política, concluyo, estos mismos desafíos se pueden convertir en ventajas.

“Estamos en el peor momento de la Revolución Bolivariana, chamo,” me explica Gerardo Rojas, un militante revolucionario y coordinador nacional de las comunas venezolanas, “pero la comuna (...) allí está la vitalidad” (entrevista personal, 22 de octubre de 2014). En los últimos tres años, el concepto paraguas –o mejor dicho, el signifiante vacío– de la comuna se ha tejido como el único sujeto político capaz de unificar y movilizar tanto a la izquierda radical del chavismo como a las masas populares, identificadas con el proceso de cambio conocido en términos más amplios como la Revolución Bolivariana. Eso me sorprendió, porque los mismos militantes que hace pocos años me hablaban de su movimiento particular, hoy insisten en explicar su militancia como tarea comunal, la manera en que su trabajo local constituye una parte de ese tejido comunal que se está desplegando por todo el país. Para explicarlo de otra forma: es el proyecto comunal que hoy en día representa la mina fundamental de lo que he llamado el *poder dual* en Venezuela (Ciccariello-Maher, 2013). Y es ese poder alternativo, gestado desde abajo, que apunta hacia la comuna como horizonte del nuevo socialismo territorial. Pero el proceso bolivariano y la comuna son cosas muy distintas, y es desde ahí que partimos, desde la brecha entre las dos, porque nada se entenderá si no se entiende primero cómo y de qué se constituye tal brecha entre movimientos comunales y el llamado “Estado Comunal” –brecha que, si hace falta decirlo, no es para nada estática sino profundamente dialéctica.

La comuna venezolana tiene una larga y amplia historia, datando incluso de los tiempos precoloniales. Esta historia comunal es a veces imperceptible, en ocasiones oculta bajo el peso de los conceptos eurocéntricos y la presunción de que la comuna en sí no existe antes de 1871. Pero si quitamos esos lentes oscurantistas se pueden percibir la doble hélice de formas comunales y momentos insurreccionales que unifican la rebelión del Rey Miguel (1553), con la insurrección de José Leonardo Chirino (1795) y la auto-emancipación de los esclavos que lucharon en contra del mismo Simón Bolívar (Ciccariello-Maher, 2014). La principal referencia teórica y práctica para la comuna venezolana en las últimas décadas surge desde el corazón de la lucha armada y, en especial, del pensamiento del ex-comandante guerrillero Kléber Ramírez Rojas.

En la preparación del fallido golpe de Estado en febrero de 1992 –llevado a cabo por Hugo Chávez y otros militares bolivarianos, con el apoyo tanto de civiles como veteranos de la lucha guerrillera– fue el mismo Ramírez Rojas quien fue llamado a redactar los borradores de los comunicados y documentos que servirían como heliografías para un nuevo Estado. Ese nuevo Estado no sería para nada un Estado cualquiera, sino que, según Kléber, “la crisis del Estado venezolano se resuelve solamente con la liquidación y entierro de ese Estado, creando uno nuevo que he llamado ‘Comunero’” (Ramírez Rojas, 2006:34). El Estado Comunero –ante la eventualidad del éxito del golpe de febrero– habría nacido precisamente de la *disolución* inmediata de las instituciones del Estado y las fuerzas policiales, y de la creación de una estructura consejista para gobernar al país de manera directa.

Con el fracaso del golpe, no obstante, Kléber y muchos otros se dedicaron a apoyar el progreso de las asambleas de barrio que surgieron exponencialmente con la secuela de la revuelta popular de 1989 contra el neoliberalismo, *El Caracazo*. A la vez, Kléber hace una fuerte crítica a cierta horizontalidad fetichizada, pues vio como amenaza a esas asambleas dispersas, escribiendo que el “triunfo” –de las asambleas– “se ha convertido en su propia derrota”, y agregando que “La horizontalidad desde el punto de vista estratégico será necesaria para desarrollar el Estado comunero; pero tácticamente, en este momento se convierte en un grave error porque fomenta el aislacionismo de las bases populares de las luchas nacionales” (Ramírez Rojas, 2006:203). De ahí que el concepto de Estado Comunero en Venezuela no es un concepto de Estado ni de la autonomía pura y absoluta de las asambleas horizontales, sino que busca rescatar una relación dialéctica entre ambos. Es a través de esta dialéctica de lo local y lo nacional, la autonomía y la unidad revolucionaria, que la comuna surge como mecanismo para enfrentar, destruir, enterrar y reemplazar al Estado tradicional con la República consejista que Kléber llama, de forma provocativa, un “gobierno de insurgencia popular” (Ramírez Rojas, 2006:207).

Cuando Chávez anuncia el proyecto comunal en Venezuela, lo hace con referencia directa y clara a su camarada conspirativo Kléber Ramírez Rojas (véase, por ejemplo, Chávez, 2010). Pero parece una curiosidad que lo que fue para Kléber un Estado Comunero es para Chávez un Estado Comunal, lo que puede percibirse como un entrecruzamiento de la brecha entre lo desde abajo y lo desde arriba. Tal brecha aparece desde la otra dirección con el rechazo a la Ley de Comunas por parte del revolucionario Roland Denis (2010), quien insiste –también bajo la influencia de Kléber– en que: “No es la ley quien le da a la Comuna revolucionaria permiso de entrada en la historia, en nuestro caso es el eco que nos deja nuestro propio (...) Kléber Ramírez”.¹

¹ Esta tensión también surge en el subsiguiente alejamiento (o la marginación) de Kléber del MBR-200, cuerpo conspirativo detrás del golpe de 1992.

Pero el Estado Comunal de Chávez y el Estado Comunero de Kléber no son conceptos totalmente distintos, ni pueden ser conformados por materias incomparables. Sea o no por su oposición frente al Estado, la formulación de Kléber tiende hacia la base; ya sea por su posición dentro del Estado, la de Chávez tiende hacia la acción del gobierno. Pero si bien representan diferencias en énfasis, distintos centros de gravedad, no obstante están ubicados en un mismo espectro. Ninguno de los dos es ni puede ser un Estado en sí, y ambos apuntan hacia esa “disolución del Estado” (en los términos de Dussel, 2006: 151) que significa –que siempre ha significado– la comuna como horizonte para el autogobierno popular. Esta cuestión –la del “Estado capaz de funcionar como un no-Estado”– es y sigue siendo “uno de los problemas más productivos de todo el legado político del marxismo” (Bosteels, 2011: 12).

Además, cualquier brecha teórica que pueda existir entre Estado Comunero y Estado Comunal –la tensión alrededor de la denominación de ambas como “Estado”– se resuelve en la práctica. Según Dario Azzellini (2016):

El proyecto socialista venezolano se basa en la construcción de “estructuras consejistas” desde abajo hacia arriba, en diferentes sectores de la sociedad (Consejos de Trabajadores y Trabajadoras, CC, Comunas y Ciudades Comunales). La creación de estas estructuras consejistas de auto-gobierno y control de la producción, y su cooperación y coordinación a nivel superior irá sustituyendo gradualmente al Estado burgués por un Estado Comunal.

No son meras palabras. Estas estructuras consejistas han ido proliferando y entrelazándose en los últimos años, hasta contar hoy con más de mil 532 comunas, agrupando a parte de los casi 46 mil consejos comunales e integrando verticalmente consejos regionales y al nuevo consejo presidencial, donde las comunas se ligan directamente con Nicolás Maduro.²

¿Qué es la comuna? Formalmente, una comuna agrupa una cantidad de consejos comunales –es decir, instancias *políticas* del autogobierno participativo y directo– con instancias *económicas*, sobre todo las empresas de propiedad social, o EPS. Éstas, a su vez, son células de la economía socialista que pueden ser indirectas –siendo propiedad compartida entre el Estado y la comuna– o directas. Las EPS directas, que cabe señalar son la forma preferida y más común en la actualidad, son empresas *manejadas directamente por el parlamento comunal*, instancia que toma todas las decisiones sobre qué producir, cómo hacerlo, cuánto pagar a los y las trabajadores, y si hay excedente, cómo reinvertirlo en la comuna.

² Los datos son de la Consulta Pública del Ministerio del Poder Popular de las Comunas y los Movimientos Sociales. Véase <<http://consulta.mpcmunas.gob.ve>>.

Esta práctica comunal ha desencadenado además un conflicto frontal con sectores del Estado venezolano, en donde la comuna agrupa a un polo radical y es rechazado y atacado por un polo reaccionario que incluye elementos del mismo chavismo. El resultado es que, tanto teórica como prácticamente, la comuna –llamémosla Estado Comunal o Comunero– representa una fuerza y un horizonte anti-Estado, más allá del Estado, a pesar de su alianza estratégica con sectores del Estado actual. Si hace falta prueba de esta dinámica anti-Estado, la encontramos hoy en la historia de casi cualquier espacio comunal, en la génesis histórica de un proyecto que tiene un solo motor: la lucha constante.

Tal y como Hugo Chávez no fue el creador de la Revolución Bolivariana, no fue el Estado venezolano que creó a las comunas o los consejos comunales que las constituyen. Mejor, los movimientos revolucionarios que “crearon a Chávez”, en las palabras de mi libro (Ciccariello-Maher, 2013), no se detenían allí, alejándose para admirar su obra, sino que han continuado con su trabajo de transformar al mundo, construyendo el autogobierno radicalmente democrático y participativo de abajo hacia arriba. Este argumento puede parecer contradictorio –después de todo, estamos hablando de un Estado Comunal con base y legitimación en la ley. Pero antes de que existieran por escrito los consejos comunales, los habitantes de los barrios estaban estableciendo asambleas populares para debatir tanto asuntos locales como el cambio revolucionario a nivel nacional. Y antes de que existieran por escrito las comunas, muchos de estos mismos militantes habían comenzado a expandir y consolidar el control comunal sobre franjas territoriales más amplias. Como bien dice Marx, entre otros, “no son las leyes que hacen las revoluciones” (1976:915).

Lo que *sí* ha hecho el Estado, es reconocer la existencia primero de los consejos (en 2006) y luego de las comunas (en 2010), formalizar su estructura –para bien y para mal– e incluso fomentar su expansión. Dentro del aparato del Estado, las comunas no tenían mejor aliado que el mismo Chávez quien, conociendo que le quedaba poco tiempo, dedicó su último discurso importante, antes de su muerte –el llamado Golpe de Timón (2012)–, a la expansión del Estado Comunal. Desde su muerte, los revolucionarios de base han aprovechado sus palabras como palanca, al insistir que el legado de Chávez *es* la comuna, que ser chavista es ser comunero, y los que minan al poder popular son nada menos que traidores. Y traidores hay de sobra. No sólo es el hecho de que el Estado no ha creado a las comunas, sino que gran parte del aparato del Estado es abiertamente antagónica al poder comunal. Esto es particularmente el caso de los funcionarios electos a nivel local –los chavistas incluidos–, quienes detestan estas expresiones democráticas de la base que les roba territorio y recursos mientras amenaza su legitimidad como líderes. Mientras muchos llevan el rojo chavista y utilizan el lenguaje de la revolución y la participación popular, en la práctica atacan, minan y obstruyen rutinariamente los espacios más participativos y revolucionarios de la sociedad venezolana de hoy.

Tomemos el ejemplo de El Maizal en el estado Lara, sin duda el ejemplo más plenamente desarrollado entre las comunas en términos productivos, cultivando unas 800 hectáreas de maíz, entre otras cosechas. Si juzgamos esa experiencia a raíz de la atención mediática, videos en *youtube*, o incluso la alabanza que le rindió el mismo Chávez a sus esfuerzos, El Maizal puede parecer como una vitrina privilegiada, por medio de la cual es posible captar una imagen comunal bien manejada por el gobierno. Pero la verdad y la historia es otra: este mismo espacio *sólo* existe como resultado de una larga y constante lucha que, si bien pudo contar con el apoyo de elementos (minoritarios) del Estado –más que todo el Presidente–, en la experiencia cotidiana enfrentaba a un Estado burocrático y corrupto, un partido socialista y un liderazgo local, que ha sido y sigue siendo en la práctica su enemigo *principal*.

Muy brevemente, la lucha que libraron los comuneros de El Maizal para las tierras resultó, al principio, en la llegada de la empresa agrícola del Estado: la Corporación Venezolana de Alimentos (CVAL). Según los comuneros nada cambió, ni a nivel de la producción (insisten en que la CVAL no producía) ni a nivel de la participación (ellos mismos quedaban excluidos, algunos pocos contratados como asalariados). Tenían que seguir luchando contra esa empresa para conseguir las tierras para la comuna propiamente, y esto lo hicieron utilizando tanto su fuerza política en las comunidades locales, como el apoyo de Chávez. Después de una extensa lucha, los comuneros lograron primero tomar control de la mitad de las tierras y luego, en 2014, tomarlas en su totalidad. Como bien me lo expresó Ángel Prado, uno de los portavoces de la comuna, en algún momento se preguntaron: “¿qué hace el Estado aquí si es de la comuna?” En la práctica, los “principales enemigos” de la comuna se visten de rojo. A pesar del apoyo de Chávez y hoy de Maduro, insiste Prado, “muy poco compaginamos nosotros los comuneros con el partido del gobierno” (entrevista personal a Ángel Prado, 27 de octubre de 2014); a pesar de su estabilidad política y nivel de productividad, siguen los ataques por parte de sectores conservadores del chavismo y de la burocracia estatal, como a finales de 2014 cuando el Tribunal Supremo revocó temporalmente su carta agraria.³

No, la comuna no es un proyecto del Estado ni busca crear un nuevo “Estado” estrictamente hablando, es un horizonte para la disolución del Estado en un tejido de consejos autogobernados. Ante el panorama de la desaparición física del comandante Chávez, de peleas internas y de crisis macroeconómica, es notable que el proyecto comunal no se ha retirado a segundo plano. Sin embargo, no se puede negar que los desafíos que enfrenta la comuna, en la actualidad, son abrumadores.

³ Después del rechazo inmediato de los movimientos comunales y la severa crítica del presidente Nicolás Maduro, tal decisión fue suspendida cautelarmente.

Dejando a un lado las críticas externas –o mejor, las ansiedades conservadoras o liberales (González, 2013; Silva Michelena, 2014)–, quiero enfocarme en cuatro desafíos inmanentes al proyecto comunal, culminando con la cuestión del mismo Estado.

Primero, la cuestión productiva que también es una cuestión geográfica. Existe en la actualidad una heterogeneidad importante en el seno del proyecto comunal: la mayoría de las comunas más estables, exitosas y, sobre todo, *productivas* materialmente se encuentran en el campo. Mientras tanto, las comunas urbanas enfrentan dificultades particulares: la contigüidad territorial, la cultura política y, en especial, la falta de una fuerte base productiva. Esto provoca una duda, pues si bien las zonas rurales votan en su gran mayoría por el chavismo, el punto de lanza histórico del proceso han sido los habitantes de los barrios urbanos.

¿Cómo se puede adecuar tal historia política con la actualidad socioeconómica? Esto es y sigue siendo un desafío importante para la comuna urbana, y las comunas están enfrentándolo de distintas maneras. Algunas –como la Comuna El Panal 2021 en la zona combativa del 23 de enero– están impulsando estratégicamente una nueva base productiva, otras comunas están más bien acomodándose a los contornos de su propia comunidad o terreno económico. Por ejemplo, si el barrio es más que todo un espacio marcado por la circulación, se están estableciendo circuitos de distribución y transporte comunal. Pero también es necesario reconocer los límites y peligros de un enfoque ciegamente productivista.

Como bien explica el ex-ministro de comunas Reinaldo Iturriza, si la comuna tiene que producir,

esto implica riesgos si lo interpretamos mal, si se convierte en una consigna y la vaciamos de contenido, esto puede hacernos olvidar que la comuna también es algo que se produce, así no es solamente la comuna productiva, es *producir la comuna*. ¿Qué significa producir la comuna? Hay gente que dice que la comuna es solamente la comuna que produce papa o cachama o maíz en el interior del país, como si la comuna urbana fuera un imposible, como si la comuna en Caracas o en cualquier parte no fuera un espacio donde se está produciendo sociedad, donde se está produciendo cultura, donde se están produciendo ideas también. Es decir, hay una producción material –por más contradictoria que parezca– de lo intangible también. Las ideas se paren, las ideas son algo que se producen también, la cultura no es algo que alguien va y compra en el supermercado, o una cosa que está en los libros, una cosa abstracta. Es una cosa que tiene concreción, y que uno va recreando permanentemente en la cotidianidad.⁴

⁴ Reinaldo Iturriza, discurso en el 9º. aniversario del colectivo Tiuna el Fuerte, 30 de octubre de 2014.

Reconocer esto, que la comuna produce, pero también se produce, tiene importantes consecuencias en cuanto al segundo desafío: la cultura rentista-consumista que sigue siendo fuertemente arraigada en Venezuela. Se discute mucho en los medios la cuestión de la escasez en Venezuela, pero lo que se comenta menos es que muchas veces la escasez es de una marca en particular –marcas que se imponen con la producción masiva de monopolios privados pero que también se internalizan con el paso del tiempo. La cuestión de la producción se revela así en el aspecto del consumo; pero también es algo cultural, hablamos de una cultura rentista e intensamente colonial. Esta cultura es y será a largo plazo un obstáculo para el desarrollo de la comuna, porque aún si ésta puede producir lo necesario para la comunidad, no puede sobrevivir si los apetitos y la demanda siguen siendo por un producto extranjero que huele a Europa o a Miami.

Un tercer desafío tiene que ver con que este consumismo prevaleciente es claramente un efecto del rentismo, de vivir de las importaciones subsidiadas, lo que debilita a la producción nacional a través de la competencia subcotizada. Pero el rentismo tiene también otro efecto menos esperado e incluso casi paradójico: la competencia *entre* elementos comunales para la renta petrolera del Estado, competencia que en Venezuela puede tener efectos incluso mortales en los barrios. Mientras que solemos ver al Estado como fuerza de represión o, en el mejor de los casos, de cooptación de un lado, o como apoyo benévolo para los movimientos del otro, en cambio, hay que reconocer que existe todo un espectro entre lo desde abajo y lo desde arriba, que se constituye además en la circulación impredecible entre sujetos *con referencia al* Estado. Como me lo explicó el sociólogo y militante Andrés Antillano: “puedes hacer política *en contra* del Estado o *con* el Estado, pero estaría jodido intentar hacer política *sin* el Estado” (entrevista personal a Andrés Antillano, 21 de octubre de 2014).

Finalmente, y como ya se ha sugerido, el cuarto desafío tiene que ver con la misma territorialidad. Legalmente hablando, la comuna se constituye en un territorio específico y contiguo por la unificación de los consejos comunales, pero muchas veces es difícil establecer esta unidad política por encima del terreno que existe –sea físico, económico o político. Además, en un país polarizado, fragmentado y sumamente heterogéneo, establecer la comuna como horizonte unificado para un nuevo Estado y una nueva economía puede aparecer como algo desmoralizante en sus obstáculos intrínsecos.

Lo que quiero sugerir es que cada uno de estos desafíos que enfrenta el proceso comunal en Venezuela puede convertirse –*en* y precisamente *por* el contexto de la crisis económica actual– en ventajas comparativas y oportunidades para profundizar y acelerar el nacimiento de la comuna como alternativa real para el autogobierno popular. Es decir, como bien sabemos, una crisis representa tanto un peligro como una oportunidad, y como la crisis es también una crisis del modelo rentístico –modelo

que difícilmente se puede abandonar durante un *boom* petrolero–, apunta asimismo hacia la comuna como estructura no sólo política sino también y fundamentalmente socio-económica.

Primero: en cuanto a la producción, la crisis actual proviene directamente del embudo de las importaciones –un país altamente consumidor sigue dependiendo de un sector casi totalmente privado de importaciones, con toda la corrupción y el peligro político que esto implica. Lo necesario es *producir*, pero el sector privado no quiere producir bajo controles de precio. Además, recordemos la experiencia de la comuna El Maizal, que tuvo que luchar para arrebatarle las tierras *no sólo* a un terrateniente privado sino también a la corporación estatal de agricultura, que tampoco producía. Los comuneros de El Maizal calculan que han sido 20 veces lo productivos que fue la empresa del Estado. Un gobierno que depende desesperadamente de la producción puede tener un incentivo para sostenerse estratégicamente en la productividad comunal como alternativa al nudo gordiano de las importaciones.⁵

Segundo: también en el contexto de la crisis, la caída del precio del petróleo –y con ello, la renta disponible para el Estado– tendrá efectos innegables para la comuna, pero éstos no son puramente negativos. A nivel nacional, las importaciones han caído más de 30 por ciento en apenas dos años (Weisbrot, 2015:217), y como este ajuste no ha sido voluntario –y ha tenido un impacto social– sería difícil dar un giro hacia la producción doméstica-comunal *sin* pasar por cierto ajuste, con sus efectos tanto materiales como culturales (reduciendo importaciones de lujo, por ejemplo). La respuesta de los movimientos revolucionarios a esta crisis y la escasez ha provocado *por fin* un debate necesario –postergado durante muchos años de *boom* petrolero– sobre el rentismo. Además, las comunas han dedicado esfuerzos al terreno cultural, por ejemplo, haciendo pruebas de productos bolivarianos como el jabón y la harina de maíz para enseñar a la gente a que no dependa de la marca conocida.

Tercero: con menos renta disponible puede que los conflictos entre sectores revolucionarios y comunales para los fondos del Estado se agudicen a corto plazo, claro, pero la experiencia de cómo hacer política sin el Estado entra al escenario como una obligación inevitable. Tal y como las comunas que surgieron *sin* fondos del Estado se han demostrado más desarrolladas y más fuertes políticamente, la ausencia de apoyo financiero del Estado puede tener el efecto a largo plazo de fortalecer el proceso de autogobierno local, tanto generando un enfoque interno en las necesidades comunales como reforzando su relación de intercambio con el sistema comunal como un todo.

⁵ El reciente nombramiento del joven economista y profesor Luis Salas Rodríguez como ministro para la economía productiva fue interpretado como una buena señal en este sentido, pero Salas fue destituido después de poco más de un mes. Véase su libro (Salas Rodríguez, 2015).

Esto apunta directamente a la cuarta debilidad-*cum*-ventaja: la de la territorialidad misma. Ante la dificultad de lograr una gran comuna territorial, a través de un proceso electoral donde siempre habrá una oposición política y donde además al suelo comunal –sea productivo o ideológico– le falta todavía mucho desarrollo y fortalecimiento, la respuesta comunera ha encontrado su punto de referencia en otro concepto autóctono: *la toparquía*. Originalmente formulado por Simón Rodríguez, una de las tres raíces del árbol bolivariano, la toparquía visualiza al país como un conjunto de islitas autogobernadas (véase Red Nacional de Comuner@s, 2014; Vargas Arenas y Sanoja Obediente, 2015). Mientras que la imagen de islitas socialistas en un gran y turbulento mar capitalista resuena con debates importantes dentro del comunismo histórico, en este contexto representa más bien un diagnóstico de nuestro punto de partida –somos islitas nada más, ¿qué hacemos ahora? Y lo que ha hecho esta red comunal ha sido impresionante: construir y consolidar desde abajo el proyecto comunal.

A veces esto implica unificar a aisladas empresas de producción social, facilitando el intercambio de bienes a una distancia. Al nivel más avanzado, como por ejemplo en el corazón agrario centro-occidental, se están consolidando corredores y ejes territoriales, agrupaciones de comunas produciendo grandes cantidades de café, azúcar, maíz y plátano. Como un solo ejemplo, el Corredor Fabricio Ojeda –llamado así en homenaje a uno de los líderes y mártires más importantes de la lucha armada– unifica a 11 comunas que juntas producen unos 20 millones de kilos de café anualmente y casi lo mismo de cambures (plátanos), 40 por ciento de los cuales es producido por las 442 familias que comprenden la Comuna Santa Clara.

Para Alex Alayo, militante comunero, estos corredores representan “territorios libres socialistas,” espacios concretos en los cuales se aspira a “comunalizar” la vida en autogobierno (entrevista personal a Alex Alayo, 27 de octubre de 2014). Cada espacio comunal se está vinculando con los otros, entrelazándose bajo la fuerza de las circunstancias, e hilando un gran tejido comunal que va extendiéndose por todo el panorama nacional y más allá. ¿La comuna venezolana puede sobrevivir a la crisis macro, sea la crisis económica de la moneda o el desafío político de seguir ganando elecciones? Esto queda por verse, pero los comuneros no están apostando a las elecciones como única garantía del socialismo, sino que están activamente construyéndolo en la realidad, desplegando el socialismo territorialmente. Esto es la ventaja más importante de la comuna como un modo de autogobierno socialista específicamente territorial.

Quinto: si bien esta red expansiva de comunas autogobernadas y radicalmente democráticas apunta hacia un horizonte más allá del Estado, esto implica que el proyecto enfrenta, en la práctica, la oposición no sólo del bloque anti-chavista sino también de sectores poderosos del mismo chavismo. ¿Cómo avanzar frente a tal

situación, en que el enemigo de mi enemigo también es enemigo mío? ¿De dónde sacar la voluntad política para avanzar hacia la comuna? Inevitablemente, la lucha comunal es una lucha cuesta arriba, contra las apuestas. Pero si bien se pueden buscar en la crisis actual ventajas y palancas estratégicas para avanzar, para construir la comuna, siempre habrá que apostar, y la apuesta es la de siempre, como bien lo resume el escritor Aquiles Nazoa (1978:199): “creo en los poderes creadores del pueblo.”

El golpe de genio de los indignados globales de los últimos años –de la Plaza del Sol a Tahrir y Wall Street– ha sido *ocupar*, tomar el espacio e invertir en la relación de fuerzas, planteando una alternativa, mientras se reta al sistema: *tenemos algo que quieres, tendrás que quitárnoslo*. Terminamos donde empezamos, en el centro de la dialéctica, pero apuntando en nuestras luchas y nuestro pensamiento hacia el horizonte comunal. En eso seguimos el consejo tanto del cantautor del pueblo venezolano, Alfí Primera, cuando insiste que “la marcha es lenta, pero sigue siendo marcha”, como del revolucionario anticolonial Frantz Fanon (1973:186), quien insiste en que, a pesar de la aparente imposibilidad de la tarea, para los condenados de nuestra tierra “sólo hay una solución: la lucha”. Y la medida de nuestro avance, según Iturriza, “continúa siendo: reducir progresivamente la distancia entre institucionalidad y pueblo organizado. Apurarnos para caminar al ritmo del movimiento real” (2013). “Movimiento real” que –resonando con el Marx de *La ideología alemana*– no es nada más ni nada menos que el mismo comunismo.

Bibliohemerografía

- AZZELLINI, Dario (2016), *Communes and Workers' Control in Venezuela: Building 21st Century Socialism from Below. Challenges, Achievements and Contradictions*, Leiden, Brill.
- BOSTEELS, Bruno (2011), *The Actuality of Communism*, London, Verso.
- CHÁVEZ, Hugo (2010), “¡Rumbo al Estado Comunal!”, en *Ciudad CCS*, 22 de febrero.
- CHÁVEZ, Hugo (2012), *Golpe de Timón*, Caracas, MINCI/Correo del Orinoco.
- CICCARIELLO-MAHER, George (2013), *We Created Chávez: A People's History of the Venezuelan Revolution*, Durham, Duke University Press.
- CICCARIELLO-MAHER, George (2014), “Building the Commune: Insurgent Government, Communal State”, en *South Atlantic Quarterly*, vol. 113, núm. 4, fall.
- DENIS, Roland (2010), “Por unas comunas ‘sin ley’”, en *Aporrea.org*, 19 de octubre. Dirección URL: <<http://www.aporrea.org/ideologia/a110539.html>>.
- DUSSEL, Enrique (2006), *20 Tesis de la política*, Mexico, Siglo XXI.
- FANON, Frantz (1973 [1952]), *Piel negra, máscaras blancas*, Buenos Aires, Editorial Abraxas.

- GARCÍA GUADILLA, María Pilar (s/f), "De la exclusión neoliberal a la inclusión-excluyente de los sectores populares y los movimientos sociales en el Socialismo del Siglo XXI en Venezuela", artículo inédito.
- GOLDFRANK, Benjamin (2011), "Los Consejos Comunales: ¿avance o retroceso para la democracia venezolana?", en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 39, mayo.
- GONZÁLEZ, David (2013), *El Estado descomunal: Conversaciones con Margarita López Maya*, Caracas, El Nacional.
- HAWKINS, Kirk y David HANSEN (2006), "Dependent Civil Society: The Círculos Bolivarianos in Venezuela", en *Latin American Research Review*, vol. 41, núm. 1.
- ITURRIZA, Reinaldo (2013), "Desear la comuna", en *El otro saber y poder*, 22 de agosto. Dirección URL: <<https://elotrosaberypoder.wordpress.com/2013/08/22/desear-la-comuna/>>.
- LANDER, Edgardo (2007), "El Estado y las tensiones de la participación popular en Venezuela," en *OSAL*, vol. 8, núm. 22, septiembre.
- MARX, Karl (1976), *Capital: A Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin, Volume 1, traducción de B. Fowkes.
- NAZOA, Aquiles (1978), *Obras Completas, volume II: Papeles líricos*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- RAMÍREZ ROJAS, Kléber (2006 [1998]), *Historia Documental del 4 de Febrero*, Caracas, El Perro y la Rana.
- RED NACIONAL DE COMUNER@S (2014), *La toparquía comunera: concreción de la utopía*, Caracas, Red Nacional de Comuner@s/Escuela Literaria del Sur.
- SALAS RODRÍGUEZ, Luis (2015), *22 Claves para entender y combatir la guerra económica*, Caracas, El Perro y la Rana.
- SILVA MICHELENA, Héctor (2014), *Estado de siervos: desnudando el Estado Comunal*, Caracas, Universidad Central de Venezuela/Ediciones del Rectorado.
- VARGAS ARENAS, Iraida y Mario SANOJA OBEDIENTE (2015), *La larga marcha hacia la sociedad comunal. Tesis sobre el socialismo bolivariano*, Caracas, El Perro y la Rana.
- WEISBROT, Mark (2015), *Failed: What the Experts Got Wrong about the Global Economy*, Oxford, Oxford University Press.

Recibido: 28 de enero de 2016
Aprobado: 13 de mayo de 2016